

Crónica de los 3 monos sabios o ver, oír y callar

Kaira C. Duque



CRÓNICA DE
LOS 3 MONOS SABIOS
O
VER, OÍR
Y CALLAR

Kaira C. Duque

Capítulo 1

PRÓLOGO

En realidad, no sé cómo empezar.

Se supone que hago esto a modo de terapia con tal de evitar un tratamiento psicológico. No tengo nada en contra de eso, en absoluto; de hecho, a menudo lo veo de necesaria urgencia. En mi opinión, todos los centros de trabajo y estudio deberían estar sujetos, para su apertura y/o continuidad, a la contratación obligatoria de un psicólogo, sustentado por los muchos impuestos que ya pagamos a Hacienda.

Pero esto es la realidad y, por el momento, nada parecido ha ocurrido (que yo sepa) ni en España ni en ningún país europeo, al menos, en la amplia escala a la que me refiero. Así que, en este caso que os vengo a contar, quiero intentar esta terapia por mí misma. Y, ya puestos, como una forma de demostrar la verdad. Aunque sé que esto último ya no depende de mí... y qué mierda que sea así.

Ojalá hubiera una manera de mostrar, como si de una película se tratase, los hechos de una historia (anécdota, situación, embrollo... como queráis llamarlo), y que ya no hiciera falta hacer una criba de valores y posibilidades pringadas de dudas sobre lo que ha podido ser o no verdad, y en qué medida creerlo.

Porque está claro que hay cosas (la mayoría, dentro de una *normalidad*) que dependen del punto de vista.

Pero si analizamos con exhaustivo detenimiento podemos comprender que hay otras (por lo general, aquellas protagonizadas por mentes más retorcidas que la media) que suceden conforme a una serie de actos y consecuencias del verdadero propósito de una persona, normalmente protegido en su metódico cerebro.

Por desgracia, como digo, decidir si lo que cuento es verdad o no ya no es cosa mía. Igualmente, desde mi curiosidad (y mi tranquilidad), me gustaría saber qué dirían los grandes expertos del psicoanálisis si leen mi relato. Quizás lleguen a las mismas conclusiones que yo, las cuales no sé (y tal vez es mejor no saberlo) si son descabelladas o totalmente acertadas.

Imagino que todo lo que acabo de formular es el mismo deseo de muchas personas que han sufrido acoso, abuso o maltratos que han terminado mucho peor de lo que termina esta historia. Reconozco que, al lado de

esos casos, el mío se queda en pañales... y menos mal.

Creo que lo he parado a tiempo de que llegara a más.

Sin embargo, como desconozco si algún día las cosas cambiarán y lo que creo ahora detenido de pronto se pondrá en marcha, en esta historia no daré mi verdadero nombre. Prefiero que me llaméis, por ejemplo, Daniela.

Lo cierto es que escribo, repito, porque yo también necesito salvarme. Y lo único que se me ha ocurrido para ello es recordar.

A veces me sigo preguntando cómo es posible que Él, mientras, con toda la sinceridad y el interés que creí percibir en su mirada, me decía: «no tienes por qué irte, quédate más rato, si quieres», a Ella le escribía: «no sé por qué Daniela no se ha ido todavía»; o cómo es posible que a veces pusiera esa mirada inesperadamente sombría y me agarrara del cuello, cuando solo unos instantes antes me miraba con dulzura y me acariciaba las mejillas.

A veces me sigo preguntando si, de veras, todas las cosas bonitas que me dijo eran una mera estrategia cuya motivación me resulta incomprensible. En el fondo, jamás se trató de un simple juego a dos bandas por sexo –aunque, al principio, quise encontrarle el sentido mirándolo de ese modo–.

A veces me sigo preguntando si realmente no existe ese chico profundo, sensible, con cautivador talento y marcados principios, pero que parecía desesperado por encontrar el amor porque en su cultura estar soltero –y la soledad, de por sí– tiene una connotación negativa; o porque Ella lo tenía aprisionado en un caprichoso sí y no, a sabiendas de sus sentimientos; o por cualquiera de las hipótesis con las que defendí su comportamiento cambiante, casi bipolar, y por las que me tragué que podía confiar en Él.

A veces me sigo preguntando qué hace que la mente de un hombre con un rostro y una voz tan encantadores alcance tal extremo de dualidad, contraste, contradicción... Ciertamente, no sé qué término ni qué connotaciones se adaptarían mejor, puesto que a veces incluso me hace dudar de qué es bueno/positivo y qué es malo/negativo en relación a este asunto.

A veces me sigo preguntando si debería reírme de esa voz extrañamente infantil que ponía, o llorar porque no estoy segura de si eran el indicio de algo terrorífico o mi imaginación volando más de la cuenta.

A veces me sigo preguntando si el loco era Él, o si sus quejas fortuitas

estaban en lo cierto y la loca era yo.

A veces...

Tantos *a veces* que me doy miedo a mí misma.

Así que escribo para recordar.

Recordar por qué tomé todas estas decisiones.

Las decisiones que me mantienen a salvo. Y dentro de mí misma.

Porque, a pesar de todo, una parte de mí quiere creer que no me he encontrado con un demonio. Que, en el fondo, quizás, no es tan malo como descubrí. Que lo que descubrí puede que fueran paranoias mías, producto de la rabia que me ha dado comprender que me usó –aun cuando tantas veces Él se empeñó en convencerme de que no era así–.

Y sé que, si me dejo llevar por ese sentimiento (tan típico en mí y de la manera pacífica en que contemplo la vida y a las personas), volveré a sentirme culpable y caeré de nuevo en el mismo círculo vicioso. Lo justificaré, querré entenderle otra vez, escucharle otra vez, creer que es una persona con algunas rarezas, como todo el mundo o como todas las personas profundas o todos los artistas, y que está confundido porque, aunque tiene 31 años, todavía no sabe qué hacer con su vida. Intentaré sentirme identificada otra vez con él, ya que yo también me considero profunda y un poco artista, y diré a todos los amigos que ya conocen esta historia, otra vez, que sencillamente las personas nos sentimos desbordadas a veces y hacemos cosas raras cuando estamos pasándolo mal –bien lo sé yo, que el año pasado nos cortaron la luz, el agua y el Internet un par de veces, y mis padres se están divorciando ahora–.

Por supuesto, no puedo estar segura al cien por cien de que sea ese *demonio*, y todavía, en ocasiones, siento lástima por cómo terminó todo. Ojalá fuera diferente y ahora mismo la vida me demostrara que me he equivocado; que ese chico bueno y dulce de verdad existe; que de verdad me quiso, me apreció y, tal vez, estuviera enamorado de mí como tantos creíamos; que cuando me dijo que tenía la sensación de que podía ser su esposa en el futuro, lo decía con un sentimiento de amor y no como un objetivo.

Claramente, si alguna vez ha habido una fantasía, ha sido este *ojalá* que acabo de escribir.

Independientemente de si el resto de mis sospechas son ciertas o no, lo único que sé con certeza es que Él no era adecuado para mí. Tal vez esta es la única conclusión que las mujeres (y, en general, las personas) debemos sacar cuando experimentamos este tipo de situaciones. Y

espero, de alguna forma, estar ayudando, no solo a mí misma, sino a todo el que me lea y se sienta reconocido entre estas líneas.

Sí, escribir es lo mejor.

Capítulo 2

ELLA

El caso es que hoy me he reafirmado en mi convicción de que no todo es blanco o negro, y que la sociedad marcha a trancas y barrancas porque hay una cantidad indeseablemente grande de gente (especialmente, y de forma irónica, la gente del Primer Mundo, según observo) que prefiere vivir como las ovejitas de un pastor: demasiado acojonadas con el lobo como para atreverse a salir un poco de la fila.

Si esto fuera un libro de Filosofía (y, aunque me gusta filosofar, no me creo con el privilegio de calificarlo como tal), diríamos que el Pastor es una especie de tirano que pone una anestesia; como una burbuja ilusoria que venda ojos y llena la retina de hologramas de aquello que nos parece bonito para impedirnos ver la realidad subyacente. Un recipiente que ha adoptado la forma de un niño bueno, donde se reúnen la autonomía del paso del tiempo, la propia vida y todos los obstáculos (especialmente, estos) que la conforman, unidos a un conjunto de *fuerzas superiores* que deciden qué hacer y cómo hacerlo sin necesidad de proporcionarte una explicación. Lo peor es que las ovejitas cumplen con esas órdenes porque no saben que son órdenes; porque las han llevado a la zona donde hay pasto, que era exactamente lo que deseaban encontrar. De ese modo, ignoran que el Pastor alberga un propósito: usarlas, bien para esquilas o alimentarse de ellas, bien para mantener su autoridad y, consecuentemente, arrebatarles su libertad.

Sin embargo, no voy a reducir el concepto del Pastor a etiquetas banales como "la sociedad" o "los poderosos"; se quedan cortas. El Pastor tiene una acepción más compleja y ligeramente negativa para mí. Aunque a menudo me quejo de la imposición de ciertos cánones sociales perjudiciales, el ser humano vive y siempre vivirá en sociedad, es parte de su naturaleza; por tanto, restringirlo a ese término sería relativamente erróneo. Asimismo, atribuir esta figura negativa a los cabecillas de las altas esferas de la sociedad, desde magnates de los negocios a políticos –como se hace tanto últimamente–, es otro absurdo y una limitación; muchos de esos cabecillas también son ovejitas, aun cuando aparenten lo contrario.

Así pues, espero que hayáis comprendido mi extensa descripción del Pastor (siempre me enrolló como las persianas, lo siento), ya que va más allá de un concepto reivindicativo del patriarcado, el clasismo o los

modelos de belleza. De hecho, compete todo ello y más.

Por otro lado, el Lobo representa lo que somos. O mejor dicho –y así se hace honor a la idea malévolamente del personaje del cuento–: el miedo a nosotros mismos. Creo que con este concepto no tengo que explicar mucho (ya escucho el temblequeo de vuestros dedos leyendo estas líneas). Es la gran enfermedad del Siglo XXI y, paradójicamente, en lugar de un oponente, el imprescindible aliado del Pastor: mantiene su estatus entre las ovejitas, sostiene su poder sobre ellas, la imagen de que es el único con quien están seguras.

El Lobo y el Pastor se retroalimentan; de hecho, el Pastor surge gracias al Lobo. Porque enfrentarse a uno mismo, combatir todas las inseguridades, las dudas, los defectos y los errores que cargamos dentro resulta una tarea tan difícil, requiere una inversión tan sanguinaria de tiempo, que preferimos fingir que no existen y dejar que nos dirijan continuamente. No tener que pensar. No tener que profundizar de forma individual en lo que sentimos y experimentamos. No tener que comprendernos a nosotros mismos, de manera que no tengamos la posibilidad de comprender a otros y, por tanto, podamos excusarnos.

Pereza y cobardía bien sujetas de la mano como norma ante todo.

Por último, la Fila es el horizonte entre esa dimensión donde todas las ovejitas caminan unas pegadas a las otras, perfectamente dirigidas por el Pastor, y un camino totalmente vacío, en blanco. Un camino que, precisamente, existe para que nosotros dibujemos todos los trazos, todas las formas, todas las siluetas y las sombras; para que lo llenemos de color. Ese camino sería la consecuencia de aceptar cómo es la vida, luchar contra y por nosotros mismos, y atrevernos a hacernos cargo de nuestra libertad, lejos del Pastor y del Lobo. En otras palabras, una línea que solo algunos (y, aunque espero equivocarme con el tiempo, creo que muy pocos) cruzan.

La vigencia de esta ecuación metafórica es seguramente el resultado de fomentar un mundo donde todo debe ser y hacerse rápido e inmediato, lo cual da lugar al éxito de las redes sociales y a las noticias sensacionalistas sin fundamentos ni referencias. En un mundo así no hay cabida a las profundidades ni trascendencias, y no es de extrañar que la calidad de lo que vemos, oímos, tocamos y comemos sea cada vez más baja. Para que lo entendáis mejor, es como cuando, en una estampida de ñus, ninguno se preocupa por averiguar desde dónde va a atacar la leona. Se limitan tan desesperadamente a correr del peligro que olvidan (y probablemente desconocen) sus capacidades para eludirlo.

Al Pastor no le interesa que sus ovejitas descubran que pueden usar el

cerebro, y saciar sin su ayuda el instinto de comer...

¿Por qué digo todo esto? Aun cuando parece que me he ido por las ramas con respecto al esperado comienzo de esta historia (y, oye, puede que un poco sí), lo explico para introducirla a Ella. A pesar de que no estoy en su cabeza y que solo puedo hablar desde mi perspectiva, este sería un grato resumen de lo que me ha hecho comprender su comportamiento. Un comportamiento con el que, para mi desgraciada esperanza decadente en la Humanidad, ya me llevan decepcionando muchas personas.

Vamos a llamar a la famosa Ella como Mei. Creo que le viene como anillo al dedo por la fina belleza clásica que la caracteriza.

Hoy me he despedido de Mei. A pesar de que hace poco confirmé que no era la principal artífice de este embrollo –y, por ello, no carga con la verdadera culpa–, lo cierto es que una cosa no quita la otra.

Entiendo que mucha gente prefiere ser una ovejita del Pastor. Es respetable. En teoría, todas las posturas son respetables, siempre y cuando no hagan un daño directo, como aprovecharse de ti o buscar intencionadamente tu dolor... hasta que realmente se dan cuenta de que te están haciendo daño, y no rectifican, ni siquiera te piden perdón.

Ambas cosas –rectificar y pedir perdón– conllevan valor. Y el valor conlleva la responsabilidad y el deber de enfrentarse a uno mismo. Y esa responsabilidad y ese deber conllevan la confianza del resto; es decir, salirse de la Fila.

¿Me estoy expresando bien?

En mi caso, procuro no ser una ovejita, me esfuerzo por salir de la Fila; no apegarme demasiado a la burbuja de la sociedad en la que vivo, y centrarme en conocerme cada vez más, respetarme a mí misma. Y, claro, a veces no lo consigo –ya lo comprobaréis con mis cagadas en esta historia–.

Pero sigo intentándolo.

Así que, aunque cada uno a su manera y a su ritmo, me inclino por las personas que hacen lo mismo; las ovejitas que apuestan por sí mismas, que deciden la libertad de decidir, sin que el Pastor tenga que conducir esa decisión.

Por otro lado, la amistad es un regalo. Que nadie tiene la obligación de dar. Que no aparece con facilidad, mucho menos cuando la vida se te presenta inexorablemente jodida. Y que, por eso, se convierte en un

tesoro.

Creo que quien conoce la amistad verdadera entiende a qué me refiero.

Por todas estas razones, acabaréis entendiendo (o eso espero) por qué mi relación con Mei ha terminado del modo en que ha terminado. Dicho esto, como ya os he presentado su nombre y esta ruptura final con ella (lamento el *spoiler*, pero tengo la esperanza de ser buena escritora y que olvidéis este pequeño desahogo terapéutico), supongo que puedo empezar la narrativa de una vez por todas.

Conocí a Mei el verano pasado.

Como se puede intuir por la elección del nombre, Mei es japonesa. No debe de extrañaros que esta historia tenga coprotagonistas (y antagonistas) japoneses. Hace casi tres años que me muevo en programas de intercambio lingüístico de español-japonés –aunque mi nivel todavía no llega al intermedio, siquiera–, por lo que me he visto rodeada de nipones últimamente.

Pero me encanta.

La razón es muy sencilla: siento un cariño especial, repartido entre la admiración y la curiosidad, por la cultura japonesa. Va más allá del desarrollo tecnológico, los manga o los animes; aprecio a su gente y ciertos aspectos de su filosofía. Es un sentimiento que he acogido desde pequeña, seguramente por influencia de mi padre y su relación con el mundillo de las artes marciales (aunque mi técnica en kárate y jiu-jitsu deja mucho que desear...).

Fue gracias a estos tránsitos lingüístico-culturales en mi vida por los que conocí, en primer lugar, a Diego. Mei todavía vivía con Diego en agosto. Aunque yo no lo conocía mucho –me caía bien, pero apenas lo había visto un par de veces en mi vida–, un día me invitó a su casa a comer arroz con curry al estilo japonés. Creo que lo hizo porque Tomoe había venido de visita esa temporada, y los tres habíamos coincidido días antes en la piscina de Iván (novio de Tomoe y amigo íntimo de Diego).

A Tomoe la conocí en la universidad, en uno de esos programas de intercambio que he mencionado. Lo cierto es que nuestra relación se hizo más estrecha tras su regreso a Japón que durante los meses que estuvo en España. Es curioso; la distancia no separa, sino que muestra cómo es

realmente el vínculo entre dos personas.

Cada día estoy más convencida de ello.

Para ser sincera, me entusiasmó la idea de esa reunión. La gastronomía japonesa me apasiona, y a pesar de que me extrañó que me invitaran a mí –por delante de a otras personas que, creía, eran más amigas de Diego que yo–, me sentí agradecida. Sin embargo, había pensado que sería Tomoe, en cualquier caso, la que cocinaría.

En lugar de eso, fue Mei.

Meses antes de ese día, yo ya había oído hablar de Mei; es más, la había visto. Otra de mis amigas japonesas, la cual también había vivido en casa de Diego hasta julio, una vez sufrió una especie de corte de digestión. La idea de ir a tomar un cóctel a las seis de la tarde fue mía –me excuso en que pensaba que ella había almorzado debidamente en su casa–, por lo que me sentí tan culpable que le pedí a mi padre que nos recogiera en coche y la lleváramos a su casa. Al dejarla allí, a través de lo poco que mi amiga abrió la puerta de entrada, identifiqué la figura de una japonesa. Diego me había dicho que en su casa estaría una amiga suya –aunque me pareció raro que estuviera una amiga, en vez de él–, pero supongo que no me la había esperado así.

Era mayor que otros japoneses que había conocido. Al principio, le calculé una media entre 35 y 40 años por el aspecto recatado que atisbé de lejos en su ropa, tan típico en las niponas que están en una madura etapa laboral. Al mismo tiempo, me pareció elegante, razón demás por la que pensé de primeras en esa edad; no obstante, me asombró encontrar una japonesa de esas características en casa de Diego –que no llega a los 27 años–. De todos modos, en ese momento no pude verla más de cerca; ella ni siquiera se percató de mi presencia.

Por alguna razón, cuando dejé a mi intoxicada amiga allí, una parte de mí sintió curiosidad por esa mujer. Me pregunté en mis adentros si algún día volvería a verla, aunque descarté la idea enseguida. En general, pese a que conocía a muchos japoneses, la mayoría habían sido amigos de amigos míos, y el único programa de intercambio lingüístico en el que había formado parte había sido el de mi universidad.

Era poco probable que nos volviéramos a ver, ¿no?

Por ello, cuando entré en la casa de Diego ese día, me sorprendió encontrármela allí de nuevo.

—En realidad, Mei vive aquí. Le alquilamos una de las habitaciones —me

explicó Diego.

Ese día, Mei llevaba el pelo negro y brillante, liso como el satén, recogido en una cola de caballo. Me sorprendió su altura. De lejos, me había parecido alta y esbelta; sin embargo, al tenerla delante, descubrí su figura menudita. El estilo modesto de su ropa hacía juego con su belleza tradicional, subrayada por una piel pálida, nívea, y facciones ligeras, livianas, como pintadas con acuarelas. Desde el principio, me pareció guapa; de hecho, le encontré un aire a la protagonista de mi serie japonesa preferida: Ryoko Shinohara.

Lo único que me pareció que desentonara un poco su atractivo fueron los sutiles poros dilatados de sus pómulos y las prótesis metálicas que, al sonreír, se entreveían en sus muelas. Aunque tenía buena dentadura –algo que no siempre se aprecia en los japoneses–, esos pequeños detalles hacían que su edad resultara confusa. A veces tenía la apariencia de una niña, pero otras veces la miraba y me sentía escéptica con sus 32 años.

La primera impresión que tuve de Mei me hizo sentir ligeramente intimidada. Parecía una mujer muy seria, sobria, casi altiva –claro que, tengo que decir, muchos japoneses transmiten esa sensación–, lo cual me resultaba discordante al observarla sirviendo los platos de arroz con curry. Un gesto demasiado amable para esa apariencia; sin embargo, suficiente para ablandar cualquier prejuicio que se planteara en mi cabeza.

Pensé que simplemente era muy educada. Muy japonesa.

Me percaté de que Tomoe se mantenía a una prudente distancia de ella. Cuando empezamos a comer, me resultó casi fascinante contemplar que ambas conformaban las figuras silenciosas de la mesa, casi camufladas con el mutismo de los platos, nada que ver con el alborozo escandaloso y risueño de los españoles que nos encontrábamos allí.

Me comí con gusto el delicioso arroz con curry, mientras parloteaba sobre mi ocasional trabajo como camarera. Seguramente fue una tontería lo que desencadenó aquella conversación, pero la comida se centró básicamente en ella.

A menudo olvidaba la crudeza de haber servido cafés, después de horas con la espalda recta como una regla y los brazos temblorosos sosteniendo la pesada bandeja plateada.

Olvidaba lo desesperante que resultaba haber recogido comida con la que se me quedaba una perenne suciedad en las manos y en la camisa blanca, recién lavada por enésima vez en la semana.

Olvidaba que sonaba horrible haber montado las mesas, los asientos y los adornos recargados de salas enteras que me dejaron los dedos de los pies expulsando sangre.

Olvidaba que parecía casi inhumano haber tenido un fugaz descanso para picar restos de lo que los clientes desechaban, sentada en un suelo mugriento a las seis de la tarde, a pesar de haber entrado a trabajar a las siete de la mañana.

Hasta que no lo contaba, ignoraba el impacto que esas anécdotas laborales causaban en la gente. Pero normalmente todos lograban mantener la cara de póker hasta que mencionaba que, en más de una ocasión, había invertido quince horas trabajando.

—¿Quince horas? —Mei abrió los ojos de par en par, asombrada, y me sentí estúpidamente orgullosa de asombrar a una japonesa, cuya cultura se caracteriza por una rigurosa disciplina y reglados trabajos esclavistas.

Ciertamente, quince horas que me había currado con tal de ganar, aunque fuera, una miseria que me permitiera pagarme la matrícula de la universidad. El último año se nos habían complicado las cosas en casa por culpa de los estragos de la crisis económica, de modo que había pasado muchos meses durmiendo poco para compaginar trabajo y clases.

Pero, a fin de cuentas, no he sido la única española en esa situación.

Después de comer, Mei aceptó la invitación de Diego y nos acompañó a la piscina de la casa de Iván. Montados los cinco en el coche, me faltó tiempo para revelar abiertamente mis patéticas debilidades.

A esas alturas del verano, me había entrado una fiebre loca por el *K-Pop*. La música coreana nunca fue de especial interés para mí, hasta que uno de mis íntimos amigos me introdujo en ella.

La primavera pasada caí en una fase emocional inestable, en la que no salía de mi cama más que para trabajar (y porque me urgía no faltar a ello). Cuando has cumplido 23 años y estás terminando Traducción e Interpretación, creo que no siempre es fácil de encajar una realidad donde congresistas extranjeros te tiran las cucharillas sucias del postre sin mirarte, como un objeto que no importa manchar, y no como la intérprete que podría salvarles el culo en una futura conferencia. Luego, la jornada se te hace todavía más agria si llegas a una casa donde se apelonan deudas y unos padres en una extraña fase de «introspección no-resuelta», que desencadenó el conocido Infierno Previo a la decisión final de divorciarse. El dinero carece prácticamente de importancia frente a un mito que se te rompe; es decir, cuando te das cuenta de que te has pasado media vida creyendo erróneamente que tus padres eran la auténtica representación del amor verdadero y que tenían muy claro lo

que querían en sus vidas.

Tengo que añadir a todo esto que, aparte de mi trabajo como camarera en un catering de eventos, también cargaba con el estrés de impartir clases de italiano una vez por semana –puesto que no me dejaban ampliar más horas– en el colegio de adultos de un pueblo perdido de la mano de Dios. Pero mi sueldo no alcanzaba los ochenta euros al mes, y si había un festivo que afectase a mi horario, me lo comía con papas: esa consecuencia ajena conllevaba, me gustara o no, una pérdida de dinero para mí. Para colmo, como no pertenecía a Delegación –a pesar de que los alumnos afirmaban haber aprendido más conmigo que con la profesora anterior, que sí lo era–, no figuré jamás como profesora del centro, sino como colaboradora.

No os precipitéis, tengo mucho que agradecerle a ese trabajo en hostelería que me permitió pagarme el último año de universidad y a las clases de italiano que me han decorado un poco el currículum (sobre todo, en una época donde no todos pueden presumir de tener trabajo). Mis padres tampoco tuvieron culpa de nada; aunque sean mis padres, su vida es suya, y el divorcio me parece la mejor decisión cuando dos personas han dejado de ser compatibles. Además, en estos tiempos es difícil mantenerse en un nivel económico alto, sin lagunas ni tropiezos.

Sencillamente, hay cosas que no podemos controlar. No siempre depende de nosotros frenar circunstancias adversas. Por muy fuerte que creas ser, o por mucho que te digas «a mí no me está pasando esto», la enfermedad de la depresión cuando llega te llegó.

Pero todavía quedan otras cosas que sí dependen de nosotros.

Por eso, decidí seguir adelante.

Tengo que reconocer que soy afortunada en cuanto a encontrarme con buenas personas en el camino. Digo esto porque –cerrando este largo paréntesis y regresando al hilo del capítulo– quizás el amigo que me habló del *K-pop* no pensó en ello cuando me lo enseñó, pero lo que me salvó de aquel estado decadente de mi mente fue aficionarme a la música surcoreana.

Especialmente, me hice adicta a una banda de chicos que ha debutado hace poco: Stray Kids. Luego, me dio por escuchar otra de chicas, Twice, una de las más famosas.

Twice lanzó *BDZ* aquella tarde. Aunque es una banda coreana, a menudo sacan discos en Japón (como Laura Pausini o Eros Ramazzotti, que son italianos y a veces cantan en español). *BDZ* está cantada en japonés, lo cual fue suficiente excusa para poner la canción en el coche, sin

auriculares.

Tomoe ya me conocía lo bastante como para saber por qué esa música me tenía embelesada en aquella época sensible de mi vida; además, tiene un par de años menos que yo.

Sin embargo, ignoro por completo qué pensó Mei al presenciar aquella absurda euforia mía. Quizás me etiquetó como *infantil* en su mente, o puede que con un tono más cariñoso: *kawaii* ('linda' o 'adorable' en japonés).

Soy consciente de que con esas bandas me sale la vena de auténtica friki (o *fangirl*, como sería más correcto decir), pese a que no soy proactiva a desvelarla. Es una de mis múltiples rarezas.

Igualmente, Mei mostró un paulatino interés en mí.

Un rato después de que llegáramos a la piscina de Iván, apareció Abraham. Aunque su presencia fue –en parte– apetición mía, en ese momento me sentí un poco traidora.

Abraham y yo nos conocimos en el último colegio en el que estuve –que fueron bastantes, por cierto–, pero no fue hasta hacía algunos años que iniciamos una bonita, cargante y (demasiado) sincera amistad. Éramos algo así como un perro y un gato que viven bajo el mismo techo, solo que, en nuestro caso, cada uno vive en su puñetera casa.

Nuestra relación se ha estrechado, gracias a que Abraham también entró en el mundillo de los intercambios con japoneses. Es más, fui yo la que lo metió ahí. Bastó invitarle un par de veces a salir con mis anteriores intercambios para que tomara, así, un primer contacto; después, le recomendé que se apuntara al programa de mi universidad; y, finalmente, terminó entablando sus propias relaciones tanto con japoneses como con españoles que participaban en ese programa y en todos los que, más tarde, descubrí.

El sentimiento de traición tenía que ver con que, a pesar de que tenía por costumbre invitar a Abraham a todo lo relacionado con Japón y sus paisanos, ese día no le había contado nada. Ciertamente era, aun así, que la invitación al arroz con curry había sido solo para mí, y que Diego bien podría haber pensado en él también.

Pero había disfrutado tanto de ese almuerzo, donde había revivido tantas sensaciones que echaba de menos (ser invitada a comer el arroz con curry de Mei se pareció mucho a mi Erasmus), que me sentía mal por haber querido conservar egoístamente esa experiencia para mí sola. Me sentía mal por querer alejar ese pequeño sentimiento de *refugio* de mi amigo Abraham, con quien a veces tenía la impresión de que ocupaba

demasiados recuerdos de mi vida.

Creo que lo que estoy diciendo suena extraño; los amigos tienen derecho (y más que eso) a ocupar tus mejores recuerdos. Eso lo sé. Y lo comparto. Además, Abraham es uno de mis amigos más queridos, y si lo invito a mis salidas con extranjeros es porque realmente quiero que esté presente.

Pero, para que me entendáis mejor, Japón siempre había sido para mí como un lugar donde refugiarme. Mi edén. Un sueño que me atraía sin explicación aparente, pero que se había convertido, poco a poco, en la catarsis de todos mis malos recuerdos y experiencias. Compartir sueños de ese tipo con alguien, aunque sea un amigo muy querido, en ocasiones me resulta difícil. Es como entregar partes de mí que solamente me corresponde a mí tener; como si mi instinto recelara ante el temor de dar demasiado y luego quedarme vacía, sin sitio dentro de mi propio escenario.

Es un sentimiento que siempre me hace sentir ligeramente culpable y que experimenté de inmediato cuando conocí a Mei. Seguramente no fue por ella, en concreto, sino por todo, en general: toda la situación, el ambiente y cómo se estaba desarrollando el día. Tomoe estaba de vuelta en España, y había comido un plato japonés con ella y otras personas que me caían muy bien. Personas con las que había sentido la exclusividad de estar solo yo.

Una exclusividad que, en cierto modo, me hizo sentir especial.

Luego, al empezar a charlar con Mei, me pareció tan interesante lo que descubrí que no quería enseñárselo a otra persona –ni siquiera a un buen amigo– hasta que no terminara de expresarlo, primero, yo.

Quiero pensar que no soy tan rara, y que muchos comprendéis lo que digo. Hay cosas (sensaciones, ambientes, situaciones, experiencias) que, inevitablemente, queremos vivir solo nosotros.

De todos modos, pese a mis temores absurdos, Mei se mantuvo, más que nada, a mi lado. La piscina de Iván era lo suficiente amplia como para que nos bañáramos todos los invitados; aun así, la inquilina de Diego se centró en charlar conmigo.

Mei me reveló que era de Hokkaido. Recuerdo que me entusiasmó rápidamente la posibilidad de que conociera ainus, o alguien de ese pueblo indígena de Japón. Conocer personas nuevas es un hábito que sigo desde pequeña, algo natural para mí; supongo que por eso me gusta conocer extranjeros y culturas distintas. Las escasas tribus aborígenes que quedan en el planeta son, directamente, mi anfetamina.

No había sido hasta ese momento, metidas las dos en el agua, cuando me fijé en que Mei llevaba maquillaje. Era muy sutil, mucho menos denso que el que llevamos las europeas, pero casi tan blanco como el de una marca coreana.

Podría haberse lavado la cara antes de venir; es lo que yo habría hecho, o lo que habrían hecho mi madre y mi tía, a pesar de que somos el tipo de mujeres que siempre se maquillan para la calle. Había oído que a los japoneses les gusta proclamar un aspecto natural, lo cual suele traducirse por «menos es más»; sin embargo, llevar una capa de maquillaje, aunque fuera liviano, me parecía *demasiado*.

A mis ojos, era como una capa de artificialidad, opuesta a una cultura donde miraban mal la cosmética extranjera y sus colores fuertes. Me sorprendió; Tomoe no estaba maquillada.

¿Las japonesas de la edad de Mei se maquillan para ir a la piscina?

Puede parecer que la estaba juzgando, pero nada más lejos de la realidad. Aquel chocante hábito de belleza y lo poco que me habló acerca de los ainus fueron suficientes detalles como para acaparar toda mi atención aquella tarde.

Supongo que el hecho de que Mei fuera más mayor que los japoneses conocidos hasta entonces no pasaba desapercibido para mí. Siempre me he llevado mejor con personas mayores que yo y, a fin de cuentas, su edad –y todo lo que conllevaba– era un aspecto de Japón que todavía no había explorado.

Quise ver a través de sus ojos, entender qué hacía aquí una mujer como ella. Me pregunté a cuántos prejuicios y críticas se habría enfrentado, sabiendo que la cultura nipona no es precisamente famosa por un imperante feminismo. Mei parecía la típica japonesa de tradiciones sólidas y experiencias rutinarias, pero, al mismo tiempo, sus ojos oscuros estaban llenos de una profunda curiosidad. Percibía en ella esas ganas de vivir aquello que se le estaba silenciosamente vedado a las mujeres en Japón; aquello que –desgraciadamente, todavía–, para una gran parte de la población mundial, las mujeres no deberían hacer.

Su interés por mí aumentó notoriamente cuando le comenté que había viajado al extranjero varias veces, que había vivido en Italia sola y que, de pequeña, me había criado en La Rioja. Especialmente, eso último fue lo que más pareció avivar su curiosidad. Ella tenía amigos allí... y, por lo que comprendí después, algo más que un *amiguito*.

A veces Iván tiene la manía de hacer preguntas demasiado directas –y

personales— delante de todo el mundo...

En definitiva, los movimientos de mi vida, que para mí eran lo más normal del mundo, para Mei debieron resultar insólitos. Me miraba casi como si hubiera encontrado el eslabón perdido de la cadena evolutiva.

—Pero ¿tienes 23 años solamente? —me preguntaba con los ojos muy abiertos.

—¿En Japón yo no parecería una chica de 23 años? Es porque también soy más grandota, ¿verdad? Las españolas tenemos menos aspecto cuqui —intentaba bromear yo.

No obstante, Mei parecía en desacuerdo con ese último comentario. No recuerdo exactamente mis palabras, pero, fueran lo que fuesen, ella se reía y murmuraba: «*kawaii*». Supongo que de ver tanto anime en mi infancia y series japonesas en la adolescencia me era ya inevitable imitar un poco el acento —que, por lo general, suena muy infantil en las chicas—.

Por si fuera poco, parecía que le agradaba bastante mi estilo. Al anochecer, mi corte de pelo fue el centro de atención durante el rato que todos estuvimos esperando una mesa, en un bar al que habíamos salido a cenar.

—A mí me gustabas más con el pelo largo, Daniela —opinó Abraham.

—¡Qué va! Así de corto está mejor —objetó Iván.

—Sí, es un corte como... sexy, ¿no? Me gusta mucho este pelo para ti, mejor que largo —intervino Mei.

Cortarme el pelo había sido una rebelión contra mis diez años de melena longitudinal, bajo el amparo de un motivo trascendental: cambio de vida, y esos arrebatos típicos de cuando quieres superar una fase difícil. No esperaba que tuviera críticas positivas en una ciudad donde prima la moda más clásica, así que enrojecí al comprender que una japonesa me estaba llamando guapa. Un honor para mí, que, recordemos, tenía a los nipones en un pedestal.

Sinceramente, no tuve muy claro qué sentir hacia Mei. Su aspecto tenía ese deje puritano propio de las japonesas más tradicionales, pero, a la vez, parecía hacer un gran esfuerzo por dejarse llevar, lejos de las normas no escritas de su país.

Por ejemplo, su forma de moverse era la de una mujer recatada y refinada, pero por la noche tuvo frío y aceptó sin miramientos una sudadera de Iván. Si hubiera sido una inglesa o una francesa, ese gesto no me habría resultado desconcertante; sin embargo, de una japonesa te

esperas que lo rechace, especialmente si la novia del tío que le ofrece la sudadera está justo delante. No quise darle vueltas, hasta que me enteré de que Tomoe se pasó la noche llorando y discutiendo con Iván por eso.

La verdad es que tampoco diría que mi amiga se comportó como una celosa. A veces un gesto que antaño en España se habría considerado una ofensa y que ahora es una tontería, en Japón mantiene su nivel de gravedad en la actualidad.

Pero me inquietaba la reacción de Tomoe.

Entendía que había resultado indiscreto –Iván también tenía algo de culpa por habérsela ofrecido–, pero ¿en la cultura japonesa se veía tan grave aceptar simplemente por frío la sudadera de un hombre?

Ya había notado que a Tomoe no le caía muy bien Mei, pero no comprendía exactamente por qué. Conocía a mi amiga, sabía que era una chica con una mente ligeramente más abierta que el japonés medio; al fin y al cabo, su novio era español. Lo único que se me ocurría más controvertido, desde una perspectiva japonesa, era el hecho de tener un follamigo en otra ciudad o no estar casada pasados los treinta. Sin embargo, para mí, esos detalles no podían considerarse indecentes; no creía que para Tomoe lo fueran.

Entonces, ¿qué veía de malo en Mei? ¿Tal vez habían tenido algún roce antes de la comida? ¿Y por qué Mei tampoco parecía evitar gestos que, sabía, una japonesa podría malinterpretar?

Mi conclusión fue que, simplemente, se trataba de una cuestión de incompatibilidad: la inquilina de Diego no congeniaba con mi amiga.

A pesar de todo, debí causar tan buena impresión en Mei –y en lo que fuera que, en sus adentros, había venido a buscar a España– que, pocos días después de conocerla, recibí un mensaje suyo en WhatsApp.

Admito que fui yo la que le pidió el teléfono. Quería que me asesorara sobre nombres japoneses para un libro que estaba escribiendo, y pensé que su buen nivel de español ayudaría mucho para encontrar los mejores.

Nunca llegué a escribirle para cumplir tal propósito; en cambio, ella me propuso ser su intercambio.

Bueno, puedo ser tu intercambio... y tu amiga también, ¿no?

Imagino que se rio al leer mi respuesta.

A partir de ese momento, Mei y yo empezamos a quedar a solas; nos acostumbramos a vernos una vez a la semana. La plaza del Ayuntamiento quedó bautizada como nuestro punto de encuentro, desde el que movernos a cualquier parte.

El primer día fuimos a una pequeña cafetería de esquina con veladores. Esa fue una propuesta mía. Había frecuentado ese sitio hacía tiempo, con un chico del que me había encaprichado unos meses.

Es lo que pasa cuando te conquistan una sonrisita tirante y la historia de un pasado con tintes de drama de Óscar: padre drogadicto, arduas horas de trabajo en hostelería y una exnovia aparentemente obsesiva y acosadora. Luego, descubrí que el protagonista era alcohólico, mujeriego y mentiroso compulsivo (pendiente de diagnosticar). Al final, lo dejé con sus cigarrillos, sus cervezas y sus cuentos para seducirme en vano –ni siquiera un beso le permití–, y me quedé con lo aprendido, la satisfacción de haber ayudado a su exnovia –que resultó no ser ni obsesiva ni acosadora– cuando me lo pidió... y el espumoso café italiano de esa pequeña cafetería.

Si mal no recuerdo, era jueves cuando Mei y yo quedamos a solas por primera vez. Como me pasaba siempre que conocía a un extranjero en mi país, mi lengua y mi confianza se quedaron sin filtros. No voy a negar que a menudo peco de confiada y que la Erasmus palió bastante mi cautela a la hora de hablar sobre mi vida privada.

Mi experiencia viviendo sola en el extranjero fue tan emocionante como difícil, y mi pasado como la «chica nueva» un desafío, por lo que estoy familiarizada con la sensación de sentirse solo e incomprendido en un lugar que no es el tuyo. Sigo a rajatabla el dicho: *«trata a los demás como te gustaría que te trataran a ti»*; y, para más inri, como buena japonesa, Mei tiene la capacidad de escuchar con atención cualquier cosa que le cuentes.

Supongo que, por todo eso, no tuve reparos en abrirme y contarle mi dilema amoroso. Por aquel entonces, llevaba bastante tiempo comiéndome la cabeza con un amigo que, de la nada, me había empezado a gustar.

—No tiene sentido, ¿verdad? Llevo años conociéndole y no ha sido hasta ahora, por culpa de un sueño, que he empezado a verle con otros ojos. Y el problema es que no quiero verle de esa forma porque no sé si él me corresponde. ¿Qué hago? Es uno de mis mayores confidentes, me resulta muy extraño no poder ir a él y decirle tranquilamente: «oye, me mola un chico»... ¡porque ese chico es él! Y es que, para colmo, pienso en ese sueño que me ha hecho verle como hombre... y me pongo roja.

Recuerdo que el rostro de Mei evolucionó de una máscara blanca con ojos atentamente abiertos a una cara que se estiraba en una sonrisa. Al sentir la temperatura de mi cara, entendí su carcajada.

—¿Estoy roja? —pregunté apurada.

—¡Sí, qué linda!

Ciertamente, no sé por qué los japoneses consideran linda una cara que más parece la manzana roja de Blancanieves. Mis mejillas son adictas a ese color. En parte, había creído que, a ojos de una japonesa adulta, mi jeta en esas circunstancias sería objeto de burla; sin embargo, pensé que tal vez me veía como una niña.

Tendría sentido. Nos separan nueve años de edad.

Pero en la línea en la que se mantuvo nuestra conversación sobre amoríos, descubrí que Mei y yo no éramos tan distintas.

Entre el mujeriego alcohólico que jugueteaba con su exnovia y el amigo que recientemente me atraía, tenía que contar otro chico. Ese tenía novia y, como con su predecesor, nunca llegamos a hacer nada —subrayemos que con *hacer* me refiero al aspecto sexual—. No obstante, compartimos un sentimiento, de eso nunca tuve duda. Un sentimiento que jamás se materializó.

En primer lugar, porque tenía novia.

En segundo lugar, porque regresó a Japón con su novia.

Es un cuento de hadas que un hombre atesore un sentimiento así de especial cuando ya tiene una casa que le da calor y cobijo...

Contándole a Mei retazos de mi historia con ese chico japonés —el primero de mi vida—, poco a poco perdí la voz. No tardé en recordar las palabras que me había dicho en una discusión el que, antes de todos esos fracasos amorosos, había sido mi novio formal: «¡que sepas que otro tío te pondrá los cuernos y te hará desgraciada!».

No me habían puesto los cuernos, pero a veces me era inevitable pensar que tenía un poco de razón. Mejor lo malo conocido que lo bueno por conocer, dicen algunos...

Con mi exnovio había invertido tres años y medio de mi vida, pero el tema no terminó demasiado bien. Fui yo quien le puso punto y final a la relación, y nunca me he arrepentido de haberlo hecho, a pesar de que aquellas palabras seguían repitiéndose en mi cabeza.

Él tenía muchos complejos; yo, demasiado instinto maternal. Me había acostumbrado a superar sus inseguridades, en lugar de dejar que él lo hiciera. Me había otorgado una responsabilidad que solo le había correspondido a él cargar, por lo que, a la larga, los aciertos de uno terminaron convirtiéndose en las críticas del otro.

Supongo que, al pensar en mi exnovio y en todos esos chicos, tuve ganas de callarme. Me daba cuenta de que mi vida amorosa, a grandes rasgos y sin anestesia, sonaba un poco triste. El ambiente se estaba tornando demasiado serio para dos desconocidas como aún éramos Mei y yo.

Sus ojos rasgados me observaron con un cariz de compasión.

—Lo entiendo. A mí también me gustan chicos no muy buenos... —se me quedó mirando vacilante, quizás por miedo a contarme algo indebido; sin embargo, continuó—: Creo que el chico de Logroño es así también.

Arqueé una ceja.

—¿Por qué lo dices?

—Es que él, bueno, una amiga me ha dicho que ya tiene como una novia....

Fruncí el ceño.

—Iván dijo que es de origen árabe, ¿no? Ten cuidado porque, por desgracia, en esa cultura todavía son muy cerrados y machistas. Les gusta tener a muchas mujeres detrás —le advertí.

Mei reflexionó.

—Al principio, me enfadé mucho con él. Pero le pregunté y dijo: «sí, yo salgo con una chica, pero no es algo serio. Algo serio no lo quiero. Pero yo he dicho la verdad a ti»...

La forma en que Mei se expresaba en español solía ser tan relativa como la propia lengua japonesa. A oídos de un español, no siempre quedaba claro si estaba conforme con algo o si, por el contrario, estaba

disconforme. A veces su voz se difuminaba y dejaba las vocales colgadas en el aire, como permitiéndote la libertad de adivinar qué venía después.

Las japonesas hacen eso a menudo, y estoy segura de que es un acto inconsciente. Imagino que, gracias a esa experiencia previa, no me costaba tanto descifrar la evaporación de sus frases, aunque a veces no expresara determinación en sus palabras inconexas e incompletas.

Suspiré.

—No te conozco mucho todavía, pero creo que te mereces algo mejor que un hombre como ese. Es más, ambas nos merecemos algo mejor. Eso es lo que aprendí con el chico japonés: nunca debemos ser el segundo plato de nadie. Yo no lo fui, en realidad; nunca hicimos nada que pudiera considerarse infidelidad. Pero muchas veces me sentí la tercera en discordia. En mi opinión, todas deberíamos alejarnos de los hombres que no nos eligen desde el principio.

Mei me miró con detenimiento. Parecía afectada con mis palabras.

—*Shi* —creo que esa fue la primera vez que escuché su particular, dulce y mal pronunciado *sí*.

Sentí que el corazón se me ablandaba.

En mi mente, centelleó la imagen de una mujer japonesa vistiendo varias capas de kimonos, con las cejas rasuradas y los dientes teñidos de negro para que su boca, preferiblemente cerrada, fuera casi invisible cuando preguntara a su esposo si quería té.

De los japoneses se dice que tienen el corazón frío por la inexpresividad de sus rostros. Personalmente, no estoy de acuerdo. El problema es que su sociedad les exige que tienen que ser extremadamente educados, siempre responsables con los sentimientos de los demás. Deben evitar que cualquiera de sus acciones importune al prójimo, antes que verse en la situación de resolver malentendidos, así que la mayoría opta por mantener un semblante serio, carente de emociones.

Esa es seguramente la consecuencia de que tantos japoneses salgan huyendo de las restricciones de su país; tan escarmentados que no dejan cabida ni a una sola restricción más, que puedan encontrar en otro sitio. Por ello, o bien, se comportan de forma misántropa, o bien, reaccionan con una confusión continua donde no terminan de dar el paso y expresarse, temerosos de un conflicto entre la molestia de otros y su propia molestia.

Es comprensible.

Creo que cualquiera se comportaría como ellos, en su situación.

Además, las mujeres tenemos el añadido de estar en desventaja respecto al papel del hombre. Cuando a un hombre se le exige mucho en una cultura, a una mujer siempre se le exige el doble. Eso explica por qué el vocabulario estándar de la japonesa es el mismo que el que se le enseña al extranjero, quien, se presupone, debe aprender desde el principio a mostrar más respeto que el japonés medio, por el mero hecho de ser extranjero –nótese en estas líneas la crítica implícita al racismo nipón–.

Una mujer en Japón va a decir siempre *watashi* (la manera más formal para decir 'yo'), teniendo en cuenta que para los japoneses la formalidad –y, por tanto, la educación– es sinónimo de ser humilde, lo que equivale a dejar a tu interlocutor en un lugar superior. Pero los hombres, entre ellos –y entre mujeres–, pueden utilizar *ore* (la manera informal) si han entrado un poco más en confianza con la otra persona. De ellos no se espera que mantengan las formas –y la humildad– en todo momento, incluyendo la expresión lingüística; de las mujeres, sí.

¿Cómo iba a creer fácilmente una mujer como Mei, criada bajo esa panorámica machista, que es lícito y lógico cortar una relación con un hombre solo porque este tiene varios frentes abiertos?

Ciertamente, la Mei que conocí en casa de Diego era muy distinta de la Mei que descubrí aquel jueves por la tarde, sentadas tranquilamente entre tazas de café italiano. No importaba su edad, cometía los mismos errores en el terreno amoroso que cualquier otra, con una edad inferior. La imagen de fortaleza de su sobriedad física contrastaba por completo con la fragilidad de sus sentimientos.

La misma fragilidad que los míos, que todavía a veces me siento una niña en un mundo de gigantes.

Encontrar ese punto en común con alguien que parecía tan diferente; alguien que venía de la otra punta del planeta, con una historia y una trayectoria de vida tan distintas a las mías, fue casi magia. Una armonía que no había esperado descubrir aquella tarde, que había quedado, para ser francos, porque no me había surgido un plan mejor.

Creo que ahí fue cuando empecé a cogerle cariño a Mei.

Poco tiempo después, Abraham se enteró de algo que me descuadró.

—Esto solamente te lo estoy contando a ti, Dani, así que no comentes nada. Por lo visto, Mei no se ha portado nada bien con Diego. Iván dice que es muy buena gente, pero que tiene ínfulas de diva o algo; que se lo tiene muy creído y que, por eso, a veces es demasiado arrogante con la gente. Sobre todo, con Diego, que está pillado de ella. No ha tenido ningún reparo en tratarle con absoluto rechazo y decirle cosas como «me das asco».

Honestamente, varias cosas fueron las que me descuadraron.

Primero: que Diego estuviera enamorado de Mei. No es por fardar o porque me crea una modelo, pero había pensado que tal vez le gustaba yo; había creído que, por eso, me invitó a su casa el día del arroz con curry. No había caído en que la que le gustaba era Mei, entre otras cosas, porque no me había parecido que le diera un trato especial, más allá del que se le daría a una inquilina que te mantiene el alquiler del piso.

Segundo: que Iván dijera algo tan directo y, hasta cierto punto, cruel sobre ella. Me parecía incoherente que la calificara como «buena gente» y que, un segundo después, la describiera como una déspota. Era como no querer pillarse los dedos y revelar su verdadero punto de vista —un comportamiento típico de la gente de mi ciudad—, lo cual me hacía pensar peor sobre el hecho de que le hubiera prestado su sudadera aquella vez, sin antes haberse preguntado si a Tomoe le molestaría o no.

Tercero: que Mei hubiera actuado realmente de una forma irrespetuosa e hiriente con Diego. En el fondo, no creía que Iván no dijera la verdad; a pesar de todo, mentiroso no era.

Intenté darle una explicación lógica en mi cabeza. Mei era agradable conmigo, me había tenido en consideración para ser su intercambio y, además, me había confiado su turbia situación amorosa. No podía creer que le hubiera dicho a Diego algo como «me das asco», sin una razón de peso.

—Por lo que sé, Diego suele ser un poco cargante con las chicas que le molan. Otras amigas mías japonesas de las que se coló me decían que era un pesado —intenté justificar.

—A ver, entiendo que lo rechacen si es un pesado..., pero soltarle a alguien que te da asco es pasarse —replicó Abraham.

—Ya, pero no sabemos si eso ha sido exactamente así ni en qué contexto —repose contrariada—. No conozco tanto a Diego como para juzgarle de

ese modo, pero con Mei me pasa lo mismo.

»Además, no te estás poniendo en el lugar de ella. Ten en cuenta que tampoco es malo que una mujer sea consciente de lo que vale; si eso es ser una diva, entonces hace bien en serlo. Tiene 32 años, muchos pelos en el chichi ya como para fijarse en un chaval como Diego. Aunque me cae bien, el tío está enganchado a los videojuegos y es súper friki. A ojos de Mei, debe de ser un crío... y a saber si la cosa ha sido exactamente como te la han contado.

»Tengo la impresión de que, a veces, Iván malinterpreta los temas. A mí me hace siempre miles de preguntas sin filtros, y yo noto en todas ellas los prejuicios que tiene, sobre todo, porque se hace ideas un poco preconcebidas... Que, a ver, todos hacemos eso, pero hay que intentar dosificarse y escuchar bien, no sé.

»Quizás él o Diego no entienden que una mujer con 32 años no es igual que una con su edad, mucho menos una japonesa. Aparte, Diego debería cortarse un poco, que es su inquilina, y, por lo que comenta sobre el precio de las habitaciones, tampoco es que ponga las cosas muy baratas. ¿A dónde va con esos enamoramientos desesperados? Donde tengas la olla, no metas la...

Abraham no pareció convencido al cien por cien con mis argumentos. Me dio la razón con respecto a los frecuentes arrebatos amorosos de Diego y al codicioso precio de su piso –ambos habíamos sufrido sus ofrecimientos repentinos como profesor particular de japonés–. Pero insistió en la faceta engreída de Mei.

—Tiene algo que no me mola nada. La noto muy subidita.

—¿Eso lo dices porque te ha gustado y no quieres que te rechace como a Diego? —sé que mi insinuación fue un poco puntiaguda, pero me molestaba que se hablara tan mal de alguien que no estaba presente para defenderse.

A fin de cuentas, el arroz con curry lo había cocinado ella, ¿a qué venían tantas críticas desconsideradas?

Pero no debía precipitarme. Abraham no había probado aquel arroz con curry...

—Me parece mona, pero no me interesa tanto, menos aún después de oír cómo se ha portado con este. Las asiáticas empiezan a parecerme gilipollas —y su respuesta me confirmó lo que, en el fondo, sospechaba.

Por un lado, tengo que aclarar que Abraham es buen chico. Aunque con esta conversación pudiera parecer un cotilla, sabed que fue algo que

solamente me contó a mí, que soy una de sus mejores amigas. Y precisamente porque lo soy, desde el momento en que conocí a Mei supe que, si Abraham la veía, se fijaría en ella.

Siempre ha dicho que las asiáticas no son su estilo, pero desde que retomamos el contacto –os recuerdo: debido a mis salidas con intercambios japoneses– solamente se interesaba en ellas. Y, por desgracia, no ha tenido buenas experiencias amorosas casi con ninguna.

Antes de verano, Abraham se había quedado colgado por completo de una amiga mía coreana. La historia no llegó a buen puerto: él se le había declarado y ella lo había limitado a la *friendzone*. Sin embargo, después de la confesión, lo había tratado en ocasiones de una forma tan especial que, evidentemente, mi amigo había terminado confundido.

La explicación que le otorgo a ello es simple: machismo.

En general, los países asiáticos tienen un poderoso machismo en sus sociedades, lo cual reprime constantemente los deseos y libertades de las mujeres, que se ven reducidas a cumplir con exigencias infrahumanas de apariencia, comportamiento e, incluso, preferencias amorosas. Son esclavas de unos cánones que dictan sus decisiones –aun cuando se supone que decidir debe ser algo libre–. Por esa razón, cuando viajan o conocen hombres extranjeros –quienes las tratan sin una discriminación social tan acusada como la de sus países–, se sienten confundidas. Y el problema de sentirse así tiene como consecuencia confundir a los demás.

Si lo analizamos con detenimiento, vemos que, aparentemente, mi amiga coreana tuvo culpa de confundir a Abraham; no obstante, su sociedad es la verdadera dueña de esa culpa. Pero eso no es fácil de digerir para Abraham; no a un nivel que pueda entender en primera persona, quiero decir.

¿Por qué? Sencillamente porque él también es un hombre. Por suerte para ellos, los hombres nunca han vivido bajo esa coacción camuflada, todavía callada en el mundo en que vivimos... y que ya no solo se encuentra en los países asiáticos, sino en todos los continentes del planeta.

¡Normal! Son veintiún siglos (sin contar todos los de antes de Cristo) de represión contra las mujeres, ¿cómo espera la gente que este tema se resuelva en uno? Hay países donde, directamente, ni siquiera se ha empezado a resolver.

Igualmente, Abraham es el tipo de persona que siempre intenta meterse en la piel del otro, sea chico o chica. El hecho de que lo intente, aunque a veces falle, es lo que me hace confiar en él y, por ello, defender ahora su

postura en la conversación de aquel día.

Sus sentimientos también fueron dañados en su momento por una asiática –después de algunas españolas–. Podía comprenderlo; yo también tengo heridas más allá del pecho. En mi caso, hace tiempo decidí que, por culpa de las malas experiencias, meter a todos los hombres en un mismo saco no es práctico; pero no todo el mundo es como yo, y el ser humano tiende al individualismo, lo cual provoca el apego a las generalizaciones.

Por tanto, resulta lógico que la visión de Abraham hacia Mei, después de hablar con Iván, fuera tan determinadamente negativa, a pesar de que solamente había hablado con ella una vez. La posibilidad de ser tratado como en el pasado crea mucho miedo en el corazón.

En cuanto a las posturas de Diego e Iván, podía encontrarles también su razón de ser.

Por lo que sabía, Diego sufrió el abandono de su padre durante la adolescencia. Hay que considerar que es admirable el hecho de que hubiera canalizado aquel doloroso evento hacia una decisión tan noble como la de ayudar a su madre y buscarse las habichuelas para sobrevivir. Aunque el precio del alquiler de su piso me pareciera ciertamente exagerado, en una época donde el Gobierno tan populista y oportunista que tenemos no facilita ni incentiva las vidas de sus ciudadanos, no es de extrañar que alguien como Diego saque provecho de la ubicación de su casa –prácticamente en el centro– y de su buen nivel de japonés, algo que no se encuentra a menudo en España.

Por otro lado, se había otorgado una carga mayor de lo que le correspondía. Ejercer, desde un punto de vista económico, la figura de padre –siendo el hijo de la casa– y saldar deudas que no eran su culpa obtienen como resultado que Diego conservara hábitos demasiado infantiles, tales como sus gustos frikísimos o sus continuos enchochamientos. Había tenido que madurar demasiado deprisa, a trompicones, seguramente bajo un choque psicológico –el abandono de un padre que elude sus responsabilidades es siempre traumático–. Además, era gordito y tanto o más inseguro que Abraham; probablemente, se había llevado más palos que él o yo en el amor, entre otras cosas, por ser más mayor que nosotros.

Pero, pensé, debía de ser muy buena persona si, a pesar de esas trágicas circunstancias, seguía sonriendo y ayudando a su madre en casa. Equivocarse al amar con precipitación a una mujer mayor que él –que, teniendo en cuenta la cultura de la que procedía, seguramente no revelaba mucho sobre su vida privada, y, por tanto, apenas la conocía de verdad– tampoco era un pecado mortal, aunque su forma de expresarlo

resultara exasperante.

Sobre Iván sabía menos que sobre Diego, pero, según lo que había comprobado al tratar con él, no era un chico que actuara con mala intención. Al fin y al cabo, Diego era su mejor amigo; si Mei se había comportado con su amigo de forma cruel, aunque le cayera bien porque con él había sido amable –como lo era conmigo–, era lógico que criticara su actitud. Siendo sincera, por aquel entonces, ciertos comportamientos que observaba en Iván respecto a Tomoe no me gustaban, y me hacían pensar negativamente sobre él. A veces dudaba de que estuviera enamorado de ella...

Pero ¿quién soy yo para juzgar en voz alta a nadie?

Aun cuando frente a Abraham argumenté de la manera en que argumenté en defensa de Mei, en realidad, no podía quejarme de ninguno de los aludidos. No desde mi parte.

En definitiva, podía defenderlos a todos ellos, puesto que todos se habían comportado bien conmigo. En el fondo, comprendía que todos actuaban de la forma en que actuaban por sus sentimientos. Porque son humanos. Con un pasado. Con una historia. Con su propia perspectiva. Y, pese a todo, con empatía.

Nadie quiere sentir que ha hecho daño a los demás.

El problema viene cuando esa empatía, esa cualidad que a los humanos nos hace realmente humanos –es decir, el equilibrio entre nuestras emociones y nuestra razón–, no existe.

Aquí es donde, verdaderamente, ya no sé cómo defender a alguien...

Pero no adelantaré más los acontecimientos.

Otra vez me he ido por las ramas, me disculpo.

Después de aquella conversación con Abraham sobre la crueldad de Mei, supongo, me mantuve inconscientemente alerta. Me dediqué a observar a Mei con más detenimiento.

Pero creo que soy demasiado torpe.

Mi juventud me ciega más veces de las que me gustaría.

Uno de los días en que quedamos en septiembre, llevé a Mei a una heladería. Se trataba de una de las mejores de la ciudad, que ha obtenido varios premios internacionales por los particulares sabores de sus helados. Los hay de chocolate con guindilla, tarta veneciana –mi favorito– e incluso torrijas. Tantos tipos que Mei se quedó un buen rato mirándolos, totalmente indecisa sobre cuál elegir.

—Qué paciencia tienes con ella, ¿no? —recuerdo que me dijo la mujer que nos atendió.

Ante ese comentario, me apené por Mei; casi sentí su vergüenza como si fuera mía. En mis adentros, maldije a esa mujer por el descaro, tan típico de un cateto que cree que el extranjero no habla su idioma. ¿Acaso tenía algo mejor que hacer que esperar y atender a su cliente?

No obstante, entendí su irritación; Mei se llevó más de cinco minutos para decidir qué sabores quería. Al final, ganaron el de torrijas y uno tan común que ni lo recuerdo.

—Tengo que venir aquí muchas veces para probarlos todos —me dijo cuando nos sentamos en una mesa a comer nuestros helados.

Espero que las próximas veces no te toque con esta señora o la llevas clara, pensé en mi fuero interno.

Su indecisión me pareció infantil. Adorable, pero infantil. Había esperado que una persona de su edad tuviera más determinación, especialmente en una situación tan cotidiana e insignificante.

Me preguntaba si sería siempre así o si, en cambio, fue solamente esa ocasión y su comportamiento tuvo que ver con su cultura. Los japoneses suelen ser *paraditos*, como decimos por aquí; o sea, tan tranquilos que a veces parece que tienen horchata, en vez de sangre. Aunque mi teoría es que los extranjeros –salvo los mediterráneos y los africanos– son así, y que los españoles nos envalentonamos demasiado. ¿No se dice acaso que aquí fue donde nació la picaresca?

Fuera lo que fuese, esa forma indecisa de ser en Mei me conmovió.

Otro día fuimos a merendar a una cafetería donde reinaban pasteles caseros de estilo italiano y francés. Hasta entonces, Mei se había acostumbrado a que yo fuera la mente pensante de los sitios a los que íbamos (agradezco gratamente a los amigos que me han enseñado esos lugares), de modo que las recomendaciones culinarias también corrían a mi cargo. Se pidió un delicioso milhojas de crema (en mi opinión, lo mejor de esa cafetería), por el cual tuvimos una larga charla acerca de la

procedencia de esa masa.

Aunque se atribuye a la repostería francesa, soy de las que defiendo que el milhojas floreció en muchas culturas, ante todo, la árabe, con la que comparte muchas similitudes por el hojaldre. Por ello, no me extrañaría que se hubiera elaborado en España –donde los árabes se asentaron durante ocho siglos– antes que en Francia.

Igualmente, no fui capaz de precisar un origen claro para Mei. Días después, me escribió en WhatsApp para decirme que había investigado en profundidad, y que, en resumidas cuentas, no había podido encontrar la respuesta correcta.

A finales del mes, me pidió quedar para que revisara sus faltas de ortografía en un diario que escribía en español. Y, por supuesto, comprender que no solo se fiaba de mis conocimientos sobre el origen del milhojas, sino que también de mis capacidades para corregirle algo tan íntimo como su diario, me llenó de una emoción indescriptible.

Pero, de nuevo, Abraham me dejó helada.

—No se lo digas a nadie, me he enterado de que Mei quiere mudarse.

—¿Estás seguro? —me costó creerlo; ella no me había contado nada—. Bueno, vivir con una persona que no te gusta debe de ser difícil. Quizás Mei cree que la amabilidad de Diego es un poco interesada, si está enamorado de ella. Tú y yo ya sabemos cómo es de oportunista nuestro amiguito... En fin, no diré nada.

Y no dije nada.

Ni siquiera me atreví a sacarle el tema a Mei.

Fue ella quien, el día en que quedamos para corregir su diario, me confirmó por su cuenta que quería dejar el piso de Diego.

—Tengo que hacerlo dentro de poco, pero no sé bien dónde ir —dijo un poco angustiada.

—Por desgracia, yo no vivo en la ciudad, y la verdad es que tampoco me atrevo a decirte que te vengas a mi casa —respondí—. Aunque mis padres parecen estar mejor ahora, todo puede explotar en cualquier momento.

Y tal fue así que, dos meses después de esa conversación, decidieron divorciarse definitivamente..., pero ese es otro tema.

Creo que el famoso *embrollo* que os mencionaba en el prólogo de esta

historia comienza aquí.

—Un chico de mi academia me ha propuesto irme a su piso. Estoy pensando que es lo mejor.

Recuerdo vagamente esta parte de la conversación, y ahora me maldigo un poco por no haber sido más cotilla; por no haber indagado mejor y, en contraposición, haberme apoyado demasiado en mi amor ciego por Japón para forjar mis criterios.

Antes decía que soy demasiado torpe... y joven.

Lo soy.

Catastróficamente.

A veces soy consciente de mi inteligencia; de que puedo dar más de lo que aparento. Pero, luego, me emociono y bajo la guardia demasiado rápido, lo cual permite que pase por alto señales que vaticinan una situación inminentemente peligrosa.

Ciertamente, espero mejorar este defecto algún día.

Lo que quiero decir es que debería haber juzgado con más ojo; que si observaba las continuas indecisiones y meteduras de pata propias de Mei, quizás habría visto que Iván y Abraham tenían, en cierta medida, razón. No en cuanto a su crueldad o, al menos, no a que fuera una crueldad intencionada. Pero es cierto que, cuando las personas no estamos seguras de lo que queremos, arrastramos a los que tenemos cerca; incluso, en ocasiones, les hacemos daño sin querer. Los humanos somos seres sociables, nos necesitamos mutuamente –a pesar de que no queramos a veces–, de manera que nuestras acciones influyen a nuestro entorno.

Confiar ciegamente en la edad, en el sexo y en la cultura de Mei; no cuestionarla –como sí habría hecho con cualquier otra persona–; dar por sentado que su comportamiento era el adecuado y que todo aquel que no la comprendiera o la importunara hacía mal, fue el primer error que cometí en esta historia.

Defender que por el hecho de ser de Japón, una mujer y que tuviera 32 años ya no podía equivocarse estuvo mal; es más, fue una manera de discriminarla, aunque mi intención hubiera sido buena. No había priorizado el que fuera humana, al igual que Diego; por tanto, propensa a errores. No me había parado a pensar si, tal vez, había más inmadurez en ella de la que incluso había en el español que la acogía en su casa.

Sí, *dar por sentado* fue el primero de mis errores.

Pero ¿cómo podía imaginar todo lo que vendría, si se mudaba con aquel chico de su academia?

—Es buena idea, si lo que quieres es mudarte, ¿no? Puede que ese chico sea un buen compañero de piso —por eso, no dudé en apoyar su decisión.

Para aquel entonces, Diego ya había adoptado una imagen relativamente negativa para mí. En mi mente, recogía muchos de los aspectos que repelía de mi ciudad: ignorancia, oportunismo y machismo. Poner esa figura frente a la inocente y amable Mei que se había formado en mi cabeza —a su vez, la representación del país que simbolizaba mi edén— me llevaba a una única conclusión: el problema lo tenía él, así que fuera a dónde fuera que se mudara, ella estaría mejor.

—¿Sabes? El chico de mi academia toca la guitarra de flamenco. Él dice que va a enseñarme —añadió Mei.

Enarqué una ceja. Eso sí me sonó un poco raro.

—¿Es guitarrista? Uy, cuidadito con esa gente, que les gusta mucho el mamoneo: ya sabes, tener muchas novias —pero suspiré y pensé en una perspectiva más alentadora—. En realidad, no tiene por qué ser así. Además, aprender guitarra tiene que ser chulo. A mí me encantaría.

—*Shi.*

Mei me invitó a la playa con sus amigos ese fin de semana, pero lo rechacé. Como he dicho, estaba en época de vacas flacas y hacía tiempo que no trabajaba en el catering; además, tenía que presentar mi TFG al Tribunal de la universidad el jueves siguiente y quería prepararme bien la exposición.

Luego, a pesar de que yo le advertí que Turquía no era muy seguro por los atentados intermitentes que sufría últimamente, Mei me dijo que había decidido ir allí con el chico de Logroño —resumámoslo en el maravilloso término *amigovio*, para ser más precisos y no tan vulgares como con *follamigo*—. Sinceramente, no me hizo mucha gracia que ignorara mi advertencia y que, para colmo, se fuera con ese tipo, después de lo mujeriego que me había revelado que era; sin embargo, me encogí de hombros. Era su vida.

Entre una cosa y otra, no pude ver a Mei hasta un par de semanas más tarde, ya entrados en octubre. Me escribió días después de regresar del viaje. Al final, se había mudado a la casa del guitarrista de su academia.